

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Las tres ranas

Hop, Croac y Splash eran tres ranitas que vivían en un agradable río y se divertían nadando o saltando sobre el verde césped. Por la noche se sentaban en la orilla y cantaban juntas, muy dulcemente según ellas; y si pasaban barcos, saltaban al agua con los talones por encima de la cabeza, con gran chapoteo y ruido.

Hop no se conformaba con esta vida tranquila; quería ver el mundo, y no paraba de pedirle a su hermano Croac que se fuera de viaje con él.

—Estoy cansado de hurgar en este estúpido río, sin más diversión que saltar y cantar. Quiero saber qué hay más allá de esa colina, y voy a averiguarlo. Puedes quedarte y dormir en el barro si quieres. Yo tengo más espíritu que eso, y me voy.

Así que Hop se fue.

Su buena hermanita Splash le rogó que se quedara, porque el mundo estaba lleno de peligros y él era demasiado joven para ir solo. Pero Hop le dijo que no se preocupara. Su amigo Tortuga lo había invitado a ir, y si un tipo tan lento como Bicho podía emprender un viaje, por supuesto que el mejor saltador del río lo haría bien. Mientras se despedía, la tortuga había subido por la orilla y se dirigía hacia el camino. Hop saltó tras él, y cuando llegaron a la cima de la colina se detuvieron a

descansar; Bicho en el camino, sobre la arena caliente, y Hop entre unas margaritas que había cerca.

—¡Qué grande es el mundo! —dijo, mirando fijamente con sus grandes ojos; porque nunca antes había visto casas, y el pueblo le pareció tan grandioso como Londres a nosotros—. Me gusta y sé que lo pasaré espléndidamente. ¡Vamos, despacio! Veo fuentes por allí, y quiero un buen trago.

Justo cuando hablaba, pasó un carro; y antes de que el pobre Bicho pudiera apartarse, una rueda lo aplastó hasta matarlo.

—¡Piedad de nosotros! Qué monstruos tan horribles — gritó Hop, saltando tan rápido como le permitían sus piernas hasta un jardín cercano, donde se quedó temblando y medio asustado. Creyó que el carro era una criatura; y cada vez que oía el ruido de las ruedas le latía el corazón y se agarraba las manos asustado mientras permanecía sentado bajo las hojas de bardana. Por fin todo parecía tan tranquilo, que se aventuró a salir y se lo pasó muy bien en el lecho de capuchinas, cazando moscas y jugando al bo-peep con un pajarito. Luego saltó al césped, donde el aspersor zumbaba, y se dio un refrescante baño. Estaba hinchando la piel y guiñando un ojo de placer cuando un sapo gordo, que vivía bajo la plaza, le dijo muy enfadado que se fuera. —Eres un viejo muy grosero, y haré lo que quiera. Este no es tu jardín, así que no hace falta que me mires así —respondió el descarado Hop, abriendo la boca para reírse del sapo, que estaba tan gordo que no podía dar largos saltos como una rana vivaz.

—Muy bien, llamaré al gato; y ella te hará saltar, a menos que quieras que te arranque de la espalda esa fina chaqueta verde con sus afiladas garras —dijo el sapo, alejándose a saltitos hacia el rincón soleado donde dormitaba un gato gris.

—No tengo miedo —dijo Hop; porque nunca antes había visto un gato, y pensó que el sapo se lo había inventado todo.

Así que paseó tranquilamente, mirando a su alrededor como si fuera el dueño de todo el jardín. Vio una criaturita muy bonita que jugaba con las hojas, y se apresuró a hablar con ella, deseoso de encontrar amigos en aquel lugar tan agradable. Cuando el sapo le habló al gato del extraño, éste se quedó boquiabierto y se volvió a dormir, sin ganas de jugar con nadie. Pero el gatito que yacía a su lado tenía curiosidad por ver una rana, y corrió enseguida a buscarla. Hop no sabía que se trataba de la hija del gato, hasta que la gatita se abalanzó sobre él como si hubiera sido un ratón, y en lugar de jugar a algún juego simpático y contarle todo sobre el nuevo mundo, como Hop esperaba, lo arañó y lo mordió, lo lanzó hacia arriba y lo dejó caer de nuevo sobre el duro suelo. Él trató de escapar, pero ella lo dejó saltar un poco y luego se abalanzó de nuevo, esposándolo con sus patas y arrastrándolo hasta dejarlo medio muerto.

Ahora le creía al viejo sapo y pensaba que había llegado el fin del mundo. Hubiera sido el fin del mundo para él, si un perro no hubiera entrado rebotando en el jardín y hubiera hecho volar al gato hasta un árbol, escupiendo y

mirando como un pequeño dragón. El pobre Hop se escurrió bajo un arbusto de grosellas y se quedó allí tumbado, anhelando que el tierno Splash le vendara las heridas y consolara su dolor con menta verde de la orilla del río y un fresco colchón de lirios para envolverlo en una sábana mojada.

—Es un mundo horrible, y ojalá estuviera a salvo en casa —suspiró, mientras el sol calentaba, el agua se cerraba y el viento dejaba de soplar.

Pero estaba demasiado débil para saltar, y permaneció allí jadeando hasta la noche, cuando un chaparrón le salvó la vida; y por la mañana temprano partió en busca del río antes de meterse en más problemas.

Iba muy despacio, cojo y dolorido. Salió del jardín y estaba a punto de dar un tremendo salto sobre el camino, por miedo a que lo aplastaran como a Bicho, cuando oyó un suave crujido detrás de él y vio una cosa gris, larga y delgada, con ojos muy brillantes y una pequeña lengua que salía y entraba como un rayo.

—No veo garras crueles; así que no puede ser un gato —pensó Hop, sintiéndose tímido a la hora de hacer nuevos amigos.

—Ven aquí y háblame —siseó la serpiente, deseosa de comerse a la simpática ranita.

Hop se sintió algo nervioso, pero quiso ser cortés; de modo que dejó que el desconocido lo rodeara cariñosamente y lo mirara directamente a la cara mientras escuchaba la historia de aflicción que le contaba de buena gana. Pero entonces se dio cuenta de que no podía moverse en absoluto, ni apartar la vista de

los ardientes ojos que tenía ante él, y la lengua punzante parecía a punto de picarle. Entonces se asustó y trató de escapar; pero sólo dio un salto, pues la serpiente lo agarró por las patas traseras y lo retuvo, mientras se lo tragaba lentamente.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó Hop, desesperado—. ¡Croac, Splash! ¡Vengan y sálvenme!

Pero no hubo ayuda; y en unos instantes ya no había rana, pues la última pata se había desvanecido en la garganta de la serpiente. ¡Pobre pequeño Hop!

Ahora su hermano Croac. Croac era un tipo ruidoso, y armaba un gran alboroto tratando de cantar más alto que cualquiera de las otras ranas; pues estaba muy orgulloso de su voz, y por la noche se sentaba en un tronco diciendo: "¡Ker honk! ker honk!" hasta que todo el mundo se cansaba de oírlo.

Los viejos le decían que no se desgastara la garganta hasta que su voz fuera más fuerte; pero él pensaba que le envidiaban su potencia y dulzura, y croaba más fuerte que nunca.

Los niños que venían al río a bañarse se burlaban de él y trataban de ver qué rana cantaba tan alto. Esto le agradaba, y en vez de quedarse quieto entre sus amigos, el tonto Croac se sentó solo en una roca, para que todos pudieran ver y oír al gran cantor.

—Ahora —dijeron los niños—, podemos atraparlo y guardarlo en una tina; y cuando nos cansemos del ruido, podemos golpearlo en la cabeza y hacer que se quede quieto.

Mientras la rana croaba con toda su fuerza, dos de los niños nadaron hasta la roca y le echaron una red por encima. La rana pataleó y forcejeó, pero ellos la sujetaron y la ataron en un fardo hasta llegar a la tina, donde la dejaron con un poco de hierba, diciendo.

—Ahora canta, viejo amigo, y ponte cómodo.

Pero Croac no podía cantar, estaba muy asustado e infeliz; porque estaba hambriento y cansado, y no le daban las cosas adecuadas para comer, ni ningún tronco musgoso donde descansar. Lo pinchaban con palos, lo levantaban para mirarle los graciosos dedos de los pies, le abrían la gran boca y lo sujetaban por una pata para ver cómo pataleaba. Intentó salir, pero las paredes de la tina estaban resbaladizas y tuvo que desistir. Siguió nadando y flotando hasta que se cansó, y comió migas de pan y hierba para no morir de hambre; pero era muy desgraciado, aunque los niños venían a oírlo cantar y él no tenía otra cosa que hacer.

Entre los niños había una niña bondadosa que se compadeció de la pobre rana, y un día que estaba sola la tomó con cuidado y la puso sobre el césped, diciendo:

—Huye, ranita, a casa con tu mamá, y no digas a los niños que te he liberado.

—Gracias, querida; esos niños malos no volverán a verme ni oírme —respondió Croac, y se alejó dando saltitos lo más rápido que pudo, sin importarle que no iba por el camino del río.

Después de andar un buen trecho, llegó a un estanque donde un gran número de ranas parecían estar pasándose muy bien, pues había abundante comida,

piedras donde sentarse y agua fresca fluyendo todo el tiempo.

—¡Ah! Debe de ser gente muy elegante para vivir de este modo tan lujoso. Cantan bastante bien, pero ninguno tiene una espléndida voz grave como la mía. Me lanzaré y los asombraré con mi mejor canción —dijo Croac, después de haber observado y oído durante un rato. Si hubiera sabido que aquellas ranas se guardaban allí para engordarlas y dárselas de comer a un viejo caballero francés, se habría ido dando saltitos y salvado su vida; pero estaba tan ansioso por lucir su voz, que dio un salto y se metió de golpe en el tanque, sobresaltando a los demás y armando un gran alboroto. Eso le gustó, y subiéndose a la piedra más alta, les cantó su canción favorita, "Ker honk", hasta que el aire resonó con el sonido.

Las otras ranas quedaron muy impresionadas, pues les pareció una música excelente; así que se reunieron, estrecharon las manos y le dieron la bienvenida al forastero, seguras de que debía ser un músico distinguido, pues se daba esos aires. Croac estaba en todo su esplendor, se hinchaba y miraba a las ranas hasta que éstas levantaron sus abanicos verdes para disimular la sonrisa. Los jóvenes trataron de imitarlo, hasta que el tanque se convirtió en un lugar tan ruidoso que el viejo caballero le dijo a su cocinera:

—Mata a una docena de las más gordas para la cena. Las ranas le habían contado a Croac que, de vez en cuando, algunas de ellas eran elegidas para ir a vivir a la gran casa; y todas estaban ansiosas por saber qué

buena suerte les había ocurrido a sus amigas, pues ninguna volvía nunca para contar la triste verdad. Así que cuando vieron al hombre del delantal y el gorro blanco acercarse al tanque y mirarlas, todos empezaron a saltar y a hacer cabriolas, con la esperanza de ser elegidas.

Con una red de mango largo, el cocinero recogió los más gordos y los puso en un cubo tapado hasta que tuvo su docena. Croac no había estado allí el tiempo suficiente para ponerse muy gordo, así que se habría escapado aquella vez si se hubiera callado. Pero no podía estarse quieto, e hizo un ruido tan terrible que el cocinero dijo: —Debo atrapar y callar a ese bribón —abrió, pues, la red, y la tonta rana saltó dentro, sin imaginarse que había cantado su última canción.

Croac se sintió decepcionado cuando no vio más que ollas, sartenes y un gran fuego, pues el muy vanidoso creía que había sido elegido para cantar ante gente distinguida. Pero su decepción se transformó en horror cuando vio que sacaban a sus amigos uno por uno y les cortaban sus pobres patitas para freírlas para la cena. Esa fue la única parte que utilizó el cocinero, y el resto lo tiró. Croac fue dejado para el final, ya que no iba a ser comido; y mientras esperaba su turno, corría distraídamente alrededor del cubo, tratando de escapar, y croando tan desconsoladamente que era una maravilla que el cocinero no se apiadara de él. Pero no lo hizo, y justo se dirigía hacia el cubo con el gran cuchillo en la mano, cuando el viejo caballero bajó para ver si se cumplían sus órdenes, pues pensaba mucho en su cena.

Todas las pobres ancas yacían en la sartén, listas para cocer; y estaba tan contento que dijo, mirando a la delgada rana que nadaba de un lado a otro de aquella manera tan vivaz:

—¡Ah! Este es un tipo enérgico. Lo pondré en mi acuario; al pez dorado y al cangrejo les gustará un poco de sociedad, creo.

Luego, tomando a Croac por una pata, lo llevó escaleras arriba y lo arrojó a la gran caja de cristal donde vivían juntos varios bonitos peces dorados y un cangrejo cruzado. Croac se alegró tanto de no tener que freírse que se mostró muy tranquilo, humilde y bueno; y aunque su nuevo hogar era una prisión, trató de estar contento y nunca se quejó cuando los lindos peces lo llamaron feo y el cangrejo cruzado le mordisqueó los dedos de los pies. Sentía nostalgia, y añoraba con tristeza el agradable río, los alegres juegos de antaño y a su querida hermanita. Ahora ya no cantaba, pues temía que lo mataran si lo hacía; pero cuando las ventanas permanecían abiertas durante la noche de verano y oía la música de sus amigos, se llevaba las manos a la cara y lloraba lágrimas tan amargas que el agua se ponía salada. Aguantó todo lo que pudo, pero al final se le rompió el corazón y un día encontraron al pobre Croac flotando en el techo de la pecera, completamente muerto. Y ése fue su fin.

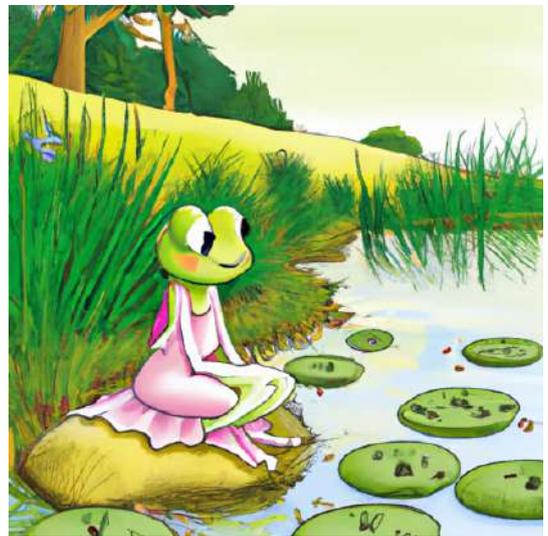
La pequeña Splash vivía en su casa segura y feliz, y era tan amable con todo el mundo que sus vecinos la querían mucho y cantaban sus alabanzas en sus conciertos nocturnos.

El Príncipe Rana deseaba casarse y buscaba esposa, pues era muy exigente. Entonces se envolvió en un manto de hojas muertas, se puso una cáscara de nuez vacía en la cabeza a modo de capucha y, apoyándose en un bastón de junco, fue cojeando por la orilla del río, como una pobre vieja, pidiendo limosna en las distintas casas, para ver cómo se comportaban las ranas en casa. Cuando cabalgaba como el Príncipe sobre un ratón de campo, con banderas ondeantes y toda su corte a su alrededor, las jóvenes ranas se paraban modestamente junto a sus mamás, todas vestidas con sus mejores galas, y hacían dulces reverencias a su paso. Pero ahora llegaba a las puertas traseras, como un pobre mendigo, y la situación era muy distinta. Algunos eran perezosos y se acostaban hasta tarde en sus camas de hierbas del río, mientras las madres hacían el trabajo; otros eran glotones y se comían ellos mismos todas las mejores moscas; otros abofeteaban y regañaban a sus hermanitos y hermanitas en vez de cuidarlos; y casi todos eran vanidosos. El Príncipe sorprendió a muchas mirando sus ojos brillantes en estanques tranquilos, o poniéndose coronas de flores de agua, o bañándose en rocío para alejar las pecas de sus rostros. Siempre estaban dispuestas a bailar en los bailes, a pasear en barca o a cantar en los conciertos donde todos podían oírlas; pero pocas eran ocupadas, dulces y obedientes en casa, y el Príncipe no encontró en ningún lado la novia que deseaba. Era muy aficionado a la música, así que escuchaba los conciertos, y pronto empezó a

preguntarse por qué todos cantaban una canción con este estribillo:

“¿Quién es la más bella que nada en nuestro río?
¿Quién es la rana más querida bajo el sol?
¿Qué vida está llena de los más dulces propósitos?
¿Quién es nuestra más ocupada y feliz?
¡Splash, Splash, querida!
Todos se deleitan cantando sus alabanzas”.

—Debo encontrar a esta encantadora criatura y ver si es todo lo que dicen, porque si lo es la convertiré en Princesa en un abrir y cerrar de ojos — dijo el Príncipe, y se puso en marcha en busca de Splash, pues era una rana muy enérgica.



Pronto la encontró, porque siempre estaba ocupada haciendo algo por sus vecinos; y la vio enseñando a nadar a los renacuajos, ayudando a las ranas viejas a sentarse al sol cuando el tiempo húmedo les daba reumatismo, o cuidando de los enfermos, o dando de comer a los pobres, o haciendo recados para mamás ocupadas con familias numerosas e hijas perezosas.

En su casita todo estaba tan limpio como la cera, pero se sentía tan sola que no le gustaba mucho quedarse allí. Todo el día ayudaba a los demás, y por la noche se sentaba a la puerta y pensaba tristemente en sus

hermanos perdidos. Era muy bonita, con su bata gris y su delantal blanco, sus ojos brillantes, su rostro amable y su voz dulce, aunque rara vez cantaba, excepto canciones de cuna para las ranitas y los enfermos.

Un día estaba meciendo así a un pequeño renacuajo para que se durmiera, cuando el príncipe disfrazado llegó cojeando y le pidió un poco para comer. Poniendo al pequeño Wiggle en su hamaca de telaraña, Splash le dijo amablemente:

—Si, señora, entra y descansa mientras te preparo algo para comer. Aquí tienes un suave cojín de musgo, y una hoja de agua fresca del manantial.

El Príncipe se quedó largo rato hablando con ella, oyendo hablar de sus hermanos y viendo lo dulce que era. Decidió casarse en seguida, pues las ranas no gastan ni mucho tiempo ni mucho dinero en preparativos; se limitan a lavar sus trajes verdes y grises y a invitar a sus amigos a la boda. La novia siempre puede encontrar una delicada telaraña en la hierba como velo, y eso es todo lo que necesita.

El Príncipe pensó que intentaría una cosa más, así que le dijo:

—Soy muy cojo; ¿me llevas al palacio? Quiero ver al Príncipe. ¿Lo conoces?

—No; sólo soy una criatura humilde, y a él no le interesaría conocerme —dijo Splash modestamente—.

Pero lo admiro mucho, es tan valiente, justo y bueno. Me encanta verlo pasar, y siempre me asomo detrás de mi cortina, es un espectáculo espléndido.

El Príncipe se ruborizó bajo el gorro de cáscara de nuez ante semejante elogio, y estaba seguro, por la manera de hablar de Splash, de que ella lo quería un poco. El Príncipe se puso muy contento y quiso bailar, pero se quedó callado y se apoyó en el brazo de la muchacha, que lo condujo a la orilla, lo colocó agradablemente sobre una almohadilla de lirios y se alejó remando, sonriéndole y hablándole con tanta dulzura, que el Príncipe se encariñaba cada vez más. Por fin llegaron al palacio, todo hecho de nenúfares blancos, con cardenales rojos como banderas, suelos de musgo verde y mesas de seta rosada con copas de bellota con miel, bayas y todos los manjares que gustan a las ranas, pues el Príncipe había enviado un telegrama por el viento para que prepararan un festín.

—Entra. Tengo algo para ti a cambio de tu amabilidad conmigo. No soy lo que parezco, y dentro de un momento verás quién es tu nuevo amigo —dijo el Príncipe, conduciéndola al gran salón donde estaba el trono. Luego la dejó, preguntándose qué pasaría, mientras él se apresuraba a deshacerse de sus viejas cosas y a ponerse su traje de terciopelo verde, su corona de flores y el alto junco que era su cetro. Tenía un aspecto espléndido, con medias de seda blanca en sus largas piernas, sus finos ojos brillantes y su chaleco moteado hinchado por la alegría de su corazón.

Sonaron las trompetas; entraron desfilando todas las ranas de la corte, con el Príncipe a la cabeza; y cuando estuvieron sentados a las mesas, tomó de la mano a la asombrada Splash, y le dijo en voz alta:

—¡Esta es su Reina, la mejor, la más hermosa del país!
Traigan el velo nupcial; que suenen las campanas, y
griten conmigo: “¡Hurra! ¡Hurra por la Reina Splash!”